

MOISÉS DE LEÓN, *Seder Gan 'Eden* גן עדן / *El jardín del Edén* / *The Garden of Paradise*, edición de Carlos del Valle, Norman Roth y Antonio Reguera Feo (León: Lobo Sapiens, 2007), 252 pp. ISBN: 978-84-936063-1-2

Se edita aquí por primera vez en español una interesante y curiosa obra del judío leonés Moisés ben Šem ʿTob (Moisés de León, ca. 1240-1305), un personaje de gran importancia en la cultura leonesa judía de la época, a pesar de que de él apenas se conocen datos de su vida: “ni de su origen familiar ni de su primera educación en la niñez y adolescencia ni de sus maestros”. Es seguro, sin embargo, que tuvo que tener una sólida formación rabínica, con un buen conocimiento del hebreo y del arameo, y, por el contenido de sus obras, se sabe también que influyeron en él los principales cabalistas de la época, tales como Moisés ben Simón de Burgos (ca. 1230-1300), Todros Abulafia de Toledo (ca. 1220-1298), Yosef Chiquitilla de Medinaceli (1248-1325) y el círculo de Gerona, pasando por dos períodos: el del misticismo lingüístico, centrado en el estudio del significado de las letras, el alfabeto hebreo y los nombres divinos; y, el más sobresaliente, el de la cábala teosófica sobre las emanaciones de lo divino.

A Moisés de León se le atribuye una amplia producción literaria: 24 libros, algunos perdidos, que la investigación todavía podría aumentar. Y algunas de sus obras necesitarían todavía una investigación más detenida, sobre todo de comparación interna, para probar con mayor seguridad su paternidad: un trabajo arduo al que Carlos del Valle se ha atrevido a realizar y que ha concluido con éxito.

La edición de *El Jardín del Edén* toma como base el texto de Adolph Jellinek (*Bet ha-Midrash*, Leipzig, 1853-77, repr. Jerusalem, 1967), quien le puso un título que no corresponde al original. El texto fue reproducido luego, con algunas variantes, por J.D. Eisenstein (New York, 1915) y G. Sholem, con la adición de algún fragmento (Tel Aviv, 1976).

Jellinek, siguiendo una información suministrada por Moritz Steinschneider (*Die Handschriften-Verzeichnisse der königlichen Bibliothek zu Berlin* [Berlin 1897, pp. 38-39], ya observaba que el opúsculo aparecía en tres ediciones (Salónica, 1521; Praga, 1612; y Cracovia, 1648) como apéndice del *Testamento de R. Eliezer el Grande* (s. XI), ocultando así su verdadera paternidad, sobre la que han deliberado especialistas de la talla de G. Scholem, Yosef Dan, Charles Mopsik y Moshe Idel, y del mismo A. Jellinek, entre otros. Pero es mérito de Carlos del Valle la presentación de numerosos datos internos y comparativos (cf. pp. 41-44) que hacen irrefutable la prueba de que el opúsculo tiene como autor a Moisés de León. Decisiva para esta prueba ha sido la comparación con la obra más importante de su autor, el *Zóhar* (*El Resplandor*), “la obra más sobresaliente del

misticismo judío universal”, traducido a varias lenguas (inglés, francés, alemán, húngaro, español, e incluso en latín) y editado total o parcialmente una y otra vez. Editado por entregas, el *Zóhar* produjo “una profunda conmoción en las masas judías, por su belleza lírica, por su sistema de pensamiento bien compacto, por su mensaje y su concepción armónica del universo y del judaísmo dentro de él, un mensaje que traía un alivio al excesivo racionalismo que desacralizaba algunos de los aspectos más sagrados de la tradición judía y combatía la inmoralidad de sectores de la sociedad judía” (p. 30). La comparación entre el opúsculo *Gan ‘Eden* y el *Zóhar* descubre relaciones filológicas, literarias y de contenido, que hacen coincidentes al autor de ambas obras. La más llamativa, para Carlos del Valle, “es el nombre dado al palacio donde habita el Mesías, el ‘Nido del Pájaro’ (*quen hašippor*), que no ocurre en toda la literatura midrásica más que en esos dos lugares” (p. 42). Decisivo también para la prueba de paternidad es el esbozo que del Paraíso hace Moisés de León en sus brevísimos opúsculos “El Tabernáculo del Testimonio” (*Miškan ha-‘Edut*), que Carlos del Valle presenta muy oportunamente en los apéndices III (pp. 182-197) y V (pp. 200-213).

El texto hebreo se edita (sin vocalizar) con una doble traducción, española e inglesa, las primeras en estas lenguas. Una traducción francesa ya había sido editada por Ch. Mopsik en *Le Zohar* (La Grasse: Verdier, 1981, vol 1, pp. 487-498).

La obra (pp. 70-171), de talla cabalística, pretende describir el Paraíso. La intención simbólica y alegórica del autor salta a primera vista desde el principio. La descripción del Paraíso (intermedio o inferior) se enmarca dentro de una amplia tradición exegética de autores orientales, especialmente árabes y hebreos, que da como resultado una teología alegórica, mística y moral, que traspasa la intención del plano puramente físico e histórico. Por lo que se refiere al mundo judío, son tres los “Paraísos” conocidos: el de Adán (“el Jardín del Edén”, *Gan ‘Eden*, cf. Gn 2,15); el de las almas tras la muerte individual (“el del Edén inferior”, *‘Olam haněšamot*) y el escatológico o definitivo tras la resurrección de los muertos (“el del Edén superior”, *gan ‘eden ašer lěmaṭṭa*, o *gan ‘eden šel ma‘āla*), que se inauguraría tras el período mesiánico, una vez restablecido el reino de Israel. Este último paraíso tendría una gran similitud con el primero, aunque su ubicación (en la tierra o fuera de ella) varía según los sabios rabínicos. Aparte del paraíso de Adán, sobre el que la literatura judía es más abundante, no existen descripciones pormenorizadas para los otros dos paraísos, aunque no faltan las referencias que permitan hacernos una idea de las muchas y variadas elucubraciones al respecto. El opúsculo de Moisés de León, del que Carlos del Valle se encarga de contextualizar

muy oportunamente en el marco de la literatura hebrea desde la época primitiva hasta época medieval (pp. 55-66), se refiere al Jardín inferior, a ese “lugar” místico que acoge a las almas de los justos tras su muerte. Se trata de un estado intermedio en espera de la resurrección final, en que todas las referencias físicas deben entenderse en sentido simbólico y espiritual, tales como la descripción de los justos, que se nutren del aroma que expande el árbol de la vida, como también del rocío que durante la noche cae sobre el jardín. Este Jardín intermedio (inferior), modelo y paradigma del Jardín escatológico (superior), existe antes de la creación del mundo, y en él se dan todos los elementos propios de una imaginería fantástica: colores, distribución, estructura del lugar, posiciones de sus habitantes, actividad de éstos, ceremonias o celebraciones habituales, descripción del palacio del Mesías, etc. (cf. pp. 44-52, en que Carlos del Valle hace un excelente resumen de dicha imaginería). Es de notar que los numerosos adjetivos contradictorios de la descripción del paraíso (fuego negruzco, visible e invisible, luz mezclada con oscuridad, etc.) es un recurso literario con el que el autor “quiere expresar el carácter excepcional del Paraíso” (p. 70, n. 2), una visión extraordinaria capaz de conjugar lo que desde la perspectiva terrena es irreconciliable, dado que la lógica de ambos mundos dista sobremanera entre sí.

El autor describe con todo lujo de detalles fantásticos los tres muros de fuego concéntricos del Edén, que se van superando en importancia hasta el más sublime, el último, donde se encuentra el verdadero centro geográfico del Jardín, el punto más excelso donde se encuentran los edificios más nobles y donde, en proporción a sus distintas gradas, la felicidad de sus habitantes se hace cada vez mayor.

El autor describe también cómo se celebra allí el día del sábado, todo un ejercicio de imaginación litúrgica: “Todos los palacios del jardín del Edén vibran y el palacio interior, en el que mora el Mesías, llamado ‘el Nido del Pájaro’. El Mesías sale de él y todos los justos salen con él, revestido con los vestidos de la venganza dispuestos para él para la salvación de Israel. Todos entran con él, junto con los Patriarcas. Luego sale de allí y se detiene en medio del jardín en el lugar de la columna central. Toma los cuatro sellos que están en los cuatro ángulos del jardín y hace retumbar su voz, temblando el firmamento que está encima del jardín” (2b, p. 82). Más adelante, describe la tarde del sábado (9a-10a, pp. 146-158).

Igualmente se describe con amplios detalles el paraíso como tal, así como los siete grados de los justos, que están en siete baldaquinos separados, cada uno según su rango: los justos (*šaddiqim*), los rectos (*yěšarim*), los perfectos (*těmimim*), los santos (*qědošim*), los penitentes (*běne těšuba*), los niños pequeños de escuela que

no pecaron, y -coincidiendo con el grado más interior de todos- los hombres píos (*hasidim*).

Otro ejercicio de imaginaria fantástica es la descripción del Palacio del Resplandor, de un inmenso colorido, donde están los palacios reservados a las mujeres judías justas y virtuosas, y donde hay siete estancias reservadas, en las que moran respectivamente Bytia, la hija del Faraón (1 Cr 4,18); Yokébed, la esposa de Amram y madre de Moisés y Aarón (Nm 26,59; Ex 6,20); la profetisa Miriam, hermana de Moisés (Nm 26,59); la profetisa Hulda (2 Re 22,14-20; 2 Cr 34,27-28); Abigail (1 Sm 25,2ss). Las estancias sexta y séptima, sin embargo, no quedan bien definidas. El autor se limita a decir: “De allí en adelante se halla la estancia de las matriarcas, Sara, Rebeca, Raquel y Lea” (6e, p. 134).

Sigue el autor describiendo “la presencia divina” (7, p. 134), que visita a los justos por la madrugada, y trata luego con amplitud la figura de Rav Gaddiel el Niño, el jefe de escuela que reside en el Palacio del Nogal, junto al “Nido del Pájaro”, encargado de desvelar a los justos los misterios y secretos de la Tora (8a-8c[2], p. 136-146).

Termina el opúsculo de Moisés de León con un esbozo del Jardín del Edén superior, también con tres muros, siguiendo el modelo del Edén inferior (10a-12[2], pp. 158-171).

A la edición de “El Jardín del Edén” le siguen cinco apéndices en que Carlos del Valle añade importantes opúsculos y fragmentos que sirven de complemento a la obra y que dan prueba también de la autoría del judío leonés: 1. Carta de R. Isaac de Acre sobre el *Zóhar* (ca. 1305), pp. 175-177, traducido al español de acuerdo con el original hebreo editado por H. Filipowski (London, 1857); 2. El Jardín del Edén de Josué el Levita, pp. 178-180, traducción española del texto publicado por A. Jellinek (Leipzig, 1853-77, repr. Jerusalem, 1967); 3. “El Tabernáculo del Testimonio” (*Miškan ha-‘Edut*) de Moisés de León, pp. 182-197, escrito en 1293, en edición bilingüe, en español y en su original hebreo, teniendo como base un Ms vaticano (Ebr. 382), cotejado con otros dos Mss, uno de la Bodleiana y otro de Londres, cuyas variantes aparecen en la página del texto hebreo, junto a otras, resultado de la lectura de “varios manuscritos de la obra todavía inédita” en la Biblioteca Nacional hebrea de Jerusalén. Con esta edición, Carlos del Valle deja totalmente anticuada la de A. Jellinek (Leipzig, 1853-77), que él tacha de “bastante deficiente”. Este apéndice se complementa con el texto del apéndice 5 (pp. 200-213), texto hebreo, con notas críticas según los Mss indicados antes. Y el apéndice 4 (pp. 198-199): Las puertas del Jardín del Edén (Baraíta de Samuel), en traducción española solamente.

A los apéndices sigue un vocabulario trilingüe (español, inglés, hebreo) con los términos que aparecen en el *Seder Gan 'Eden* de Moisés de León, ordenados alfabéticamente según el alefato hebreo (pp. 215-231) y al que sigue otro vocabulario solamente onomástico (pp. 233-234), obra de Antonio Reguera Feo, quien nos avisa de que en ocasiones la traducción no es “exactamente paralela” y de que el vocabulario es “de carácter orientativo, incluso podríamos decir escaso”. A mi juicio, este vocabulario trilingüe bien podría haberse fusionado con mayor precisión con el útil índice de materias (pp. 243-252), hecho a partir de la traducción española. Un único vocabulario habría tenido más sentido. Por último, en págs. 235-242 se encuentra la bibliografía.

La obra está muy bien editada tipográficamente: buen papel, tipos de letras claros y de generoso tamaño, y estupenda encuadernación. No obstante, haré a continuación algunas observaciones formales.

A mi gusto, habría cambiado la disposición de las páginas: el texto hebreo a la izquierda y la traducción a la derecha, que resulta más cómodo para un público lector más amplio.

Creo, por otra parte, que una lectura correctora atenta de todo el libro habría evitado muchas erratas: palabras mal escritas (por falta de una letra o repetidas: *aparce/aparece*; *descipción/descripción*, etc.), o ausencia de signos (paréntesis y comillas abiertas pero no cerradas, y al revés), etc. Un poco de coordinación tal vez en la redacción final del texto, habría sido suficiente para cuidar detalles e imperfecciones.

Hay que reconocer que la traducción española sobresale por su gran esmero literario. No puede decirse lo mismo respecto a la traducción inglesa; ésta, más literal, presenta a veces un texto algo forzado y arcaizante que, en consecuencia, oscurece la redacción, que debe recurrir con frecuencia a la explicación o glosa entre corchetes. Dado que el texto contiene numerosas expresiones, cuya traducción literal induciría cuanto menos a confusión, la traducción inglesa se ve obligada a poner entre corchetes ciertas observaciones con la finalidad de hacer más comprensible el texto. Por el contrario, la traducción española resuelve el problema literariamente de modo eficiente. La diferencia entre estos dos modos de entender y presentar la traducción crean la sensación de que los traductores han tenido como base textos diferentes, aunque no en el contenido, sino en la redacción.

Mientras la traducción española dispone sus notas a pie de página, la traducción inglesa las incorpora en el texto, lo que dificulta a veces la lectura, sobre todo cuando además se agolpan en el texto otras aclaraciones de tipo sintáctico o

referencial. Parece que la traducción inglesa ha entrado en la composición del libro a última hora, en un espacio ya demasiado limitado. Puede tomarse como ejemplo de lo dicho la traducción de 5b (p. 124).

Observo un posible *lapsus* en la traducción española: en p. 74 (1b[2]) queda sin traducir las tres últimas líneas del original hebreo (p. 75); no así en la traducción inglesa.

Algunas aclaraciones, pronominales sobre todo, entre paréntesis en la edición española no son, a mi parecer, necesarias, dado que tanto el léxico como la sintaxis dejan suficientemente claras las referencias y relaciones.

Estos detalles no empañan en modo alguno la importancia de esta edición. De hecho, la interesante introducción (pp. 15-66) y el muy sólido comentario en notas, además de las aportaciones a la paternidad del opúsculo, dejan muy claro que ha habido un riguroso y perspicaz trabajo de fondo, muy digno de encomio.

La edición de esta obra de Moisés de León nos ayuda a entender la actividad intelectual y espiritual de la judería leonesa y su aportación cultural en el siglo XIII. Eso nos lo ha dejado muy claro Carlos del Valle en sus concisas y precisas páginas iniciales (pp. 15-24), que desde un principio nos sitúa *in medias res* del contexto histórico-cultural en que nace este bello libro sobre el Jardín del Edén.

ÁNGEL URBÁN  
Universidad de Córdoba

MONFERRER-SALA, Juan Pedro & Ángel URBÁN (eds.), *Sacred Text. Explorations in Lexicography*, «Studien zur romanischen Sprachwissenschaft und interkulturellen Kommunikation» 57 (Frankfurt am Main: Peter Lang, 2009), 329 pp. ISBN: 9783631597415

El volumen que reseñamos lo forma una colección de artículos que ofrece al lector especializado un completo panorama, en clave lexicográfica, de diversos textos sagrados de religiones monoteístas. Ofrece al lector, además, un interesante abanico de enfoques y válidos para adentrarse en el estudio de los diversos textos sagrados, los cuales, al ofrecer resultados tan reveladores, pone de manifiesto la importancia y eficacia del acercamiento filológico a este tipo de literatura.

La coherencia de los artículos recogidos en el presente volumen quedaba de antemano resuelta por tratarse de un monográfico de estudios lexicográficos aplicados al texto sagrado. La diversidad de enfoques que los autores utilizan en cada artículo dota al volumen de una gran riqueza y lo hace tremendamente sugestivo para quienes nos acercamos a su lectura acostumbrados al estudio de los